

América Hispánica. Precisamente allí está nuestro eje central, es asentar que: la producción cultural de la hispanización consistió en construir en cierto modo el tejido, el proceso hacia el cual las etnias se podrían evangelizar, en este caso usando como medio el teatro; pero que a la postre fueron sin lugar a dudas una abigarrada experiencia comunicacional, cultural. Y un proceso, por supuesto en lo que atañe a cualquier proceso de gestión de la comunicación, que forjó una cantera fecunda para la construcción del poder colonial y los objetivos ideológicos que el imperio español de entonces se había trazado. Y esto se sucedió no solamente por una vía, sino por dos o más, puesto que en los siglos XVII y XVIII se desarrollaron, ahora sí efectivamente, en el México ya evangelizado, una fuerte industria teatral. En sí, que durante el siglo XVI, avistamos a un nuevo modo de pensamiento, a un otro nuevo proyecto cultural, a una nueva geografía comunicacional a partir de la cual se gestó en los «indios» el trazo de imperativo categórico³⁴ que dejó el proyecto hispánico y que tendría su caudal ideológico en manos del poder eclesiástico, como sustrato psíquico de una época. Bien nos lo reafirma el título del cuadro de Francisco de Goya: «la letra con sangre entra». Volviendo al texto de Riveros, en su introducción presenta algunos de los detalles que impulsaron esta gran industria cultural de los franciscanos, Riveros apunta lo siguiente:

La actividad escénica novohispana, de esencia europeizante, surgió hacia fines del primer tercio del siglo XVI, por medio de la dramaturgia cultivada por los franciscanos para evangelizar a los indios apenas introducidos en el cristianismo. Se trató, pues, de una teatralidad didáctico-religiosa, que en esencia no pretendió ofrecer un espectáculo por sí mismo ni mucho menos con un propósito estético-literario, aunque en ocasiones y marginalmente la tramoya franciscana haya derivado hacia el atractivo visual, a través de elementos de la naturaleza (animales vivos y vegetación), del vestuario colorido y de la utilización de fuegos artificiales, todo ello con el afán de atraer indígenas que eran objeto de evangelización. No obstante, el teatro franciscano en ningún momento perdió su idiosincrasia sacra y formadora de indígenas cristianizables, que, por otra parte, intervenían fundamental y directamente en la creación teatral, como actores, músicos, danzantes o escenógrafos, además de ocuparse tal vez de la traducción, redacción o revisión de los textos en náhuatl, que resultaban imprescindibles para satisfacer la intención evangelizadora³⁵.

Tratar de enlazar las ideas que proyectaron los franciscanos y tantos otros a través de su, poco estudiado, «teatro evangelizador», junto a las nociones sobre comunicación de la cultura que dominan hoy, en sobre lo que son y a lo

³⁴ KANT 1998.

³⁵ RIVEROS 2004: 45.